

LAS FORMAS DEL MAL

(CUENTO)

Armando no acababa de justificar las palabras de su abuelo. No podía siquiera asimilar aquello de que su familia tenía pactos con el mal, con esas fuerzas malignas que habían estado presentes en sus riquezas y fortunas, en la muerte de cada uno de sus tíos, primos y hermanos mayores, en el enorme perro que apareció de pronto y que alzado en dos patas se asomó a la urna de su padre, la noche del velorio.

Apenas ahora podía entender la renuencia de sus padres y tíos a asistir a la iglesia, o practicar alguna religión. Mientras corría por la calle oscura, iba tratando de ordenar sus recuerdos y poco a poco comprendía lo que hasta ahora, había sido insospechado para él. En definitiva, las almas de toda su familia, le pertenecían al diablo, y no era una pesadilla, o una impresión errada, su abuelo se lo acababa de confirmar.

La familia de Armando era poderosa, los hombres siempre exitosos, las mujeres deseadas y brillantes. Nada les faltaba, nada les preocupaba. No había algo que pudiera hacer pensar que aquella realidad maravillosa era concedida por el infierno.

Según las palabras de su abuelo, años atrás la familia era miserable, gente pobre cuyos hijos morían de enfermedad y hambre. Una noche, cansado de esto ofreció su alma al diablo a cambio de la riqueza de su familia y sus generaciones futuras, a cambio del poder y esplendor de todos sus descendientes... La aparición maligna que acudió a su llamado le dijo: “Tu alma no cubre el precio de años de riqueza. A cambio del poder

absoluto de tus generaciones futuras, además de tu alma, quiero la de todos los hijos varones que dé tu familia... Ellos morirán al comienzo de su vejez, y tú los enterrarás a todos, con cada alma cobrada, se renovará nuestro pacto y tu propia vida.” Con esa condición, se selló el trato.

A partir de aquella noche, la fortuna y la riqueza llenaron la casa y el camino de la familia, y desde entonces, todas las mujeres o esposas de esta estirpe, dieron a luz hijos varones. Un suceso que al principio llamó la atención de amigos y vecinos que desconocían el pacto demoníaco, pero que con el tiempo fue atribuido a la casualidad o a alguna predisposición genética.

Cada uno de los varones de la casa se convertía en una celebridad social, siempre bajo las enseñanzas de la familia, obedeciendo las orientaciones respetadas y cercanas del abuelo, un viejo que jamás enfermaba y que sin levantar sospechas parecía haber detenido su envejecimiento.

El abuelo les revelaba el secreto del pacto sólo a los varones de la familia, en un momento prudencial, cuando la codicia no les permitía renunciar a su poder, de esa forma garantizaba que ninguno de sus descendientes eligiera de esposa a alguna mujer bondadosa que intentara inculcar a sus hijos ideas de salvaciones celestiales. Lo que jamás les contaba a nadie, era que ellos morirían sin remedio, en condiciones violentas, inesperadas y sangrientas, sin haber disfrutado los frutos de su riqueza.

Esta suerte la había corrido el padre de Armando. Como el muchacho estaba tan perturbado, decidió ir a casa del abuelo, el consejero de todos, para buscar palabras de consuelo que le ayudarán a soportar la muerte de su progenitor.

Cuando llegó a la casa, la mujer de limpieza iba saliendo, el abuelo vivía solo, nadie se quedaba en su casa. La señora le dijo a Armando que pasara adelante, que su abuelo seguramente estaba recostado en su habitación.

El muchacho fue a la habitación del anciano y como no lo halló, se sentó sobre la cama. En la mesa de noche había un sobre muy extraño, adentro vio un papel antiguo. Era el pacto que explicaba cada una de las condiciones pautadas entre Satán y el abuelo, Armando al leerlo se horrorizó. Cuando el abuelo entró a la habitación y se percató de lo que pasaba, gritó al muchacho por su impertinencia.

A Armando le repugnaba la idea de que su abuelo hubiese llevado a la muerte a cada uno de sus hijos, nietos, sobrinos y primos, le repugnó saber que él mismo, estaba condenado, vendido al diablo, destinado a morir...como su padre, y su alma al igual que la de toda la familia recibiría los martirios del infierno, la condena eterna y diabólica del mal.

Se alejó de la casa aturdido, escuchando como el abuelo gritaba desde la puerta: “Años de dicha, en perfecto control y tú quieres reclamar ahora, después de disfrutar los regalos de nuestro padre de las sombras... tú también cederás...”

El muchacho corrió por la calle que comenzaba a desvanecerse en la oscuridad, y sin saber cómo, luego de unir cabos y recuerdos en su cabeza, decidió que quería salvarse, que no quería condenar su eternidad al diablo, quizá podía buscar a Dios... en ese momento sintió un golpe tremendo y sin entender vio como las ruedas de un carro le aplastaban el cuerpo. Quedó tendido en la calle, partido y ensangrentado. Adolorido distinguió en la oscuridad la figura de un sacerdote que corría a verlo “No te vi hijo, yo venía manejando y no te vi” le dijo el cura mientras lloraba de desesperación. Armando le pidió que lo escuchara, “¿Quieres confesarte?” le preguntó condescendiente el párroco, y escuchó los susurros del muchacho, que luego de contar el pacto que condenaba las vidas y almas de su familia pedía la salvación para su alma.

El padre llevó sus dedos hasta la frente de Armando y este cerró los ojos un poco más tranquilo, después de todo, al menos había salvado su alma. No había terminado de fallecer cuando sintió que las manos de sacerdote colocadas sobre su frente para hacer la señal de la cruz, le quemaban, al tiempo que el cura reía a carcajadas y le abandonaba en el piso de la carretera... Armando descendió al infierno antes de ver como el sacerdote se transformaba en una figura sombría, hedionda, llena de escamas calcinadas, que murmuraba sonriente: “No es tan fácil amiguito, no es tan fácil escapar de mí...”